

**DISCURSO PARA LA ENTREGA
DE LA MEDALLA DE ORO
DEL CONSEJO GENERAL
DE LOS AGENTES COMERCIALES DE ESPAÑA**

Madrid, 21 de junio de 2007

[Salutación]

[Presidente: Ignacio Manzano]

Mis palabras de salutación hacia todos vosotros no pueden ser otras que las del agradecimiento más sincero por la deferencia que se ha tenido hacia mi persona al hacerme acreedor de esta Medalla de Oro de vuestra Colegiación. Una Medalla que —en vuestra apertura hacia la sociedad— me consta que es un bien muypreciado por vosotros y, por lo que sé de su creación y antecedentes, también muy escaso, lo que me hace sentirme mayor y noblemente conmovido. Esta Medalla constituirá, cuando abandone este cargo que ahora ocupo, uno de los recuerdos más entrañables que me acompañará durante el resto de mi vida de entre los que me llevaré de mi paso por este Ministerio.

Tengo razones sobradas para sentirme noblemente conmovido —como digo— por este gesto del que me hacéis honor, porque vuestra profesión, como bien ha anticipado vuestro presidente, fue la que viví en mi casa durante mi infancia y mi juventud: mi padre, de quien tantos valores de la vida aprendí y llevo en mi seno con orgullo, fue uno de los vuestros. Toda su vida

laboral, desde sus años mozos hasta su jubilación, no hizo otra cosa que la que hacéis vosotros: ejercer una profesión dura y esforzada, al servicio siempre de los demás, asumiendo ese papel imprescindible que pone en contacto al fabricante con el consumidor. De mis más lejanos años me vuelven los recuerdos de mi padre haciendo y deshaciendo equipajes de un viaje para otro, con los muestrarios de tejidos de las empresas textiles bejaranas a las que él ponía rostro ante los clientes de otras regiones de España, haciendo de vanguardia y adalid mercantil para aquellos empresarios que depositaban en su buen hacer y en su profesionalidad buena parte de su negocio y de su mercado. Eran tiempos de trenes o autobuses, quizá ya de los primeros automóviles un poco después, de distancias largas y días interminables, de pensiones y hostales familiares, de amigos en cada plaza que empezaron como clientes y acabaron en algún caso en trato de hermano, con una libreta y un teléfono negro y ajeno como tecnología punta con los que conquistar el mundo y un salario, con los que conquistar la satisfacción de volver a casa fatigado y feliz, dispuesto a empezar de nuevo.

Hemos visto y oído en estos días pasados, con motivo del trigésimo aniversario de las primeras elecciones generales, cuánto ha cambiado la sociedad española en estas tres décadas. Quienes las hemos vivido y echamos la vista atrás, tenemos la sensación de estar mirando a otro mundo. No hay aspecto, miremos donde miremos, que no haya sufrido una transformación y una mejora considerables. Unos cambios que nos han puesto a los españoles entre los países más avanzados del mundo, un país en el que las condiciones de vida y de trabajo nos distinguen por encima de otros y nos convierten en modelo social y económico. El Gobierno del que

formo parte ha puesto un empeño especial en que esos cambios sigan avanzando, sigan consolidando una sociedad más justa y más abierta. Vuestro presidente ha tenido la gentileza en su intervención de hacer mención a las más señaladas iniciativas que desde este Ministerio se han acometido en los últimos tres años, en cumplimiento de lo que el presidente José Luis Rodríguez Zapatero me encomendó y que a mí me gusta resumir en una frase que abarca todos los cometidos de este Departamento: hacer de él “el Ministerio de las Personas”. Hemos dado pasos muy importantes y muy sólidos para que en nuestro trabajo, en nuestras familias, en nuestro entorno social y ciudadano los tiempos de mañana sean mejores que los de hoy, como los de hoy son mejores que aquellos en los que mi padre recorría España con un muestrario de tejidos bejaranos.

Vuestra profesión, ni qué decir tiene, la que fue de mi padre, ha sufrido los mismos cambios que el resto de la sociedad española. Sin perder su naturaleza, sin perder su razón de ser, hoy se ejerce de una forma mejor, aunque sin duda siempre existen desafíos que encarar y objetivos que conseguir. Entre ellos me consta que un reciente e importante paso adelante fue la aprobación del Estatuto General hace dos años, como me consta que también lo debe ser la actualización a la realidad presente de la Ley de Contrato de Agencia, con la adecuación de la formación de quienes se quieren iniciar en esta profesión, un propósito cuya negociación con la Administración [Ministerio de Educación] parece bien encarada.

La vuestra es una profesión mal conocida y mal reconocida. Sé que estáis embarcados en proyectos ambiciosos con los que paliar las carencias, proyectos con los que facilitar la

labor diaria de los agentes: cursos, seminarios, convenios, mejoras técnicas y tecnológicas... Me complace que una oportunidad como ésta me permita profundizar en una profesión que me es muy querida, una oportunidad para reconocermos en vosotros y, en este juego de espejos, tener la convicción de que entre todos podemos hacer un mundo mejor, tener la convicción de que podemos contribuir a la construcción de nuestro país y de nuestras gentes, que, a pesar de las notables transformaciones experimentadas en estos últimos treinta años, precisa aún de mucho trabajo colectivo para cubrir necesidades aún no cerradas, o derechos todavía insuficientemente desarrollados.

Fue el magnate Paul Getty el que dijo que para triunfar profesionalmente eran necesarias tres cosas: levantarse temprano por la mañana, dedicar la jornada íntegra al trabajo y encontrar petróleo. Conociendo lo que conozco de vuestra profesión por lo que vi en mi padre, puedo asegurar que las dos primeras cosas las cumplís todos; la tercera es asunto caprichoso del Azar, pero ya dijo el poeta Virgilio que “la Fortuna ayuda a los audaces”.

Os deseo los mejores éxitos, los mejores logros, los mejores resultados en todo lo que emprendáis para mejorar constantemente una profesión con la que tengo una deuda y un agradecimiento que fraguaron en mi infancia, una profesión que —en lo que pude ver en mi padre— me enseñó cuánto tiene de callada virtud y hermosa entrega.

Muchas gracias.

Jesús Caldera Sánchez-Capitán
Ministro de Trabajo y Asuntos Sociales